

MANUEL MURO

Nació en San Luis Potosí, el 28 de diciembre de 1839. Murió en la misma ciudad, en 1911.

Político liberal, fue Jefe Político, diputado y Gobernador interino de San Luis.

Historiador, publicó la *Historia de San Luis Potosí desde 1810 hasta nuestros días*, 3 v. (1892); *Historia de la instrucción pública en San Luis Potosí* (1899); *Miscelánea Potosina. Biografías, artículos históricos y de costumbres, tradiciones y leyendas* (1903); *Historia de San Luis Potosí* (1910). Esta última viene precedida de un estudio crítico del Lic. D. Emilio Ordaz y es una ampliación de la que editó en 1892. *Error histórico para solemnizar en la ciudad de México el centenario de la proclamación de la Independencia* (1909).

Ordaz que conoce bien su obra dice de él: "Imparcialidad en las apreciaciones y exacto conocimiento de los hechos, bien basado en auténticos documentos o en el testimonio de la propia conciencia por haberlos presenciado. Amor a la verdad y gran escrúpulo. Estilo fluido, sencillo y llano, ajeno a toda literaria pretensión."

El primer tomo de la *Historia de San Luis*, lo imprimió por entregas en 1894, y no fue sino hasta 1910 que se imprimió toda la obra para conmemorar el centenario de la Independencia de México.

Le ha estudiado también Ireneo Paz, en *México Actual. Galería de contemporáneos*, México, Oficina Tip. de "La Patria", 1898, 428 p. ils.

Fuente: Manuel Muro. *Historia de San Luis Potosí*. Precedida de un juicio crítico escrito por el Sr. Lic. D. Emilio Ordaz. 3 v. San Luis Potosí, Impr. Lit. y encuadernación de M. Esquivel y Cía., 1910. ils. 1-65-81.

LA INDEPENDENCIA EN SAN LUIS POTOSÍ

La noticia del pronunciamiento de Hidalgo que circuló en la ciudad con extraordinaria rapidez, y la propaganda que los adictos a ese movimiento hacían en numerosos papeles que repartían clandestinamente, levantaron el espíritu público, haciendo que el pueblo acariciara la idea de emancipar a México de la dominación española. Notable fue el cambio que se efectuó contra Calleja en el corto tiempo transcurrido desde el día en que ese jefe salió para la Hacienda de la Pila con las tropas que había organizado, hasta la noche en que iba a estallar

la conspiración que le fue denunciada. El hombre había perdido un setenta por ciento del aprecio y de la influencia que ejercía en todas las clases; era ya visto por los hijos del país como enemigo de la nacionalidad mexicana, y empezaron a hostilizarlo por los medios que estaban a su alcance.

La ciudad de San Luis estaba en plena efervescencia. Por todas partes sólo se oían conversaciones y juicios favorables al levantamiento de Hidalgo, principalmente los pueblos del Cerro de San Pedro, Soledad de los Ranchos, y los suburbios de Tlaxcala, Santiago, Montecillo, San Sebastián y Tequisquiapam que habían sido víctimas a fines del siglo pasado, de la crueldad del visitador Gálvez, hacían patentes, de cuantos modos podían, su regocijo y sus simpatías por la causa de la independencia.

La conspiración le fue denunciada a Calleja por un sargento del Escuadrón de San Carlos; un clérigo de apellido Pérez, complicado en ella, temeroso de la suerte que le corriera estando ya en poder de Calleja, se suicidó en su misma prisión. No siendo suficiente la pequeña cárcel que entonces había en San Luis para contener a los innumerables individuos que mandó este jefe reducir a prisión, llenó con ellos los conventos de la ciudad. Estableció el Tribunal denominado "Junta de Seguridad" para que los juzgara con todo rigor y pidió al Virrey autorización para imponer *ad-libitum* la pena de muerte, sin el recurso de indulto; solicitando también el que sólo él pudiera concederlo en los casos que a su juicio fuera de otorgarse.

Dariamente amanecían pasquines en las esquinas y en las puertas de los edificios públicos, conteniendo terribles amenazas contra los europeos y excitando al pueblo a que se levantara contra sus opresores.

Esos pasquines en prosa y en malos versos, se multiplicaban con profusión antes y después de la marcha de Calleja a la campaña, y a cada derrota que sufrían los independientes, subía de punto la vehemencia y los insultos en aquellos papeles anónimos contra las autoridades españolas.

Estas, durante algunos meses no pudieron descubrir a ninguno de los autores de los pasquines, hasta que al fin lo consiguieron como veremos adelante.

El Virrey había hecho marchar para Querétaro una fuerte división a las órdenes de D. Manuel Flon, Conde de la Cadena. Calleja ofreció al Virrey que tan luego como el Conde llegara

a dicha ciudad, emprendería la marcha para reunirse con él, a fin de seguir el plan de campaña que el mismo Venegas le indicaba. Este le contestó de conformidad y aún lo dejaba en libertad para que fuera a Querétaro o para que se quedara más tiempo en San Luis acabando de organizar las tropas de que le hablaba.

Luego que supo Calleja que el Conde de la Cadena había llegado y que se disponía a salir al encuentro del ejército insurgente, partió del campamento de la Pila el 24 de Octubre, llevando a sus órdenes 3,000 caballos, 600 infantes, dos cañones de a 8 y dos de a 4, fundidas esas piezas en San Luis. El Virrey ordenó al Conde de la Cadena que con la división que sacó de México se pusiera a las órdenes de Calleja. El total de las dos divisiones unidas formaba un cuerpo de ejército de 8,000 hombres.

Calleja, al partir para la campaña dejó guarnecida la plaza de San Luis con las siguientes tropas: 350 infantes, 110 caballos y tres compañías de urbanos, todas bajo el mando del Comandante D. Toribio Cortina, quien quedó también encargado de seguir fundiendo artillería para emplearla según las circunstancias lo exigieran.

Dejemos al General en jefe del Ejército del Centro marchando en persecución de Hidalgo que se dirigía sobre México, puesto que tenemos que limitarnos a nuestra localidad, y veamos lo que pasaba en ella durante la ausencia de dicho General.

Hemos dicho que este jefe salió del campamento de la Pila el 24 de octubre. Desde esa fecha hasta el 10 del inmediato Noviembre, no cesaron de trabajar los partidarios de la insurrección, para que la provincia de San Luis tomara en ella el participio debido. La ciudad presentaba todos los síntomas generalmente observados en los días que preceden a las grandes conmociones. Agentes de Sevilla y Olmedo, del Lego Villerrías y del Lic. Trelles recorrían los barrios de la ciudad, preparando el ánimo de sus moradores, recordando a éstos los sufrimientos de sus ascendientes en el año de los tumultos, las víctimas sacrificadas con ese motivo y la condición humillante a que estaban condenados por el gobierno español. Los pueblos oían con agrado todas esas exhortaciones que indudablemente satisfacían sus deseos y aspiración, puesto que de todo guardaban el más riguroso secreto.

Esos tres propagandistas de la revolución de independencia

en San Luis celebraron sus reuniones secretas desde que aquélla se inició en Dolores, en una casa inmediata a la de Villerías, no citándolos nunca el lego a la suya porque la madre y una hermana, únicas personas que componían su familia, no entrarán en cuidado por el peligroso asunto de que se trataba.

En esa casa donde los conjurados se reunían vivía una familia compuesta de Jacinto Sánchez, su esposa Manuela Niño y su hija María. Las mujeres cosían ropa ajena y ayudaban a su jefe en la fabricación de cohetes. Por tal motivo eran conocidas en el barrio con el nombre de "Las coheteras".

Cuando todavía andaba Calleja en campaña, después de su triunfo en Aculco, fueron denunciados Sánchez y su familia al Comandante de la plaza como cómplices de los insurgentes de San Luis, porque en su casa se reunían los conjurados para organizar la revolución. Sánchez supo a tiempo el denuncia y huyó con la familia no sabiéndose después nada de ellos.

Al llegar Hidalgo a Celaya, de paso para Guanajuato, se le presentó el lego Fr. Luis Herrera de la provincia de San Juan de Dios, de México, solicitando un puesto de cirujano en el ejército insurrecto. Admitido por Hidalgo, siguió al ejército desempeñando la plaza referida. Después de pocos días se separó, dejó los hábitos y se vino para San Luis, pero al pasar por la Hacienda del Jaral, una partida de tropa realista que allí se encontraba en observación, lo capturó como sospechoso, lo condujo a San Luis y fue puesto en la cárcel con grillos en los pies. Con el fin de conseguir su libertad se dirigió al comandante Cortina descubriendo su carácter de fraile juanino y explicando del modo que le pareció conveniente su salida del convento de San Juan de Dios de Méjico y el objeto que le traía a San Luis.

No satisfecho Cortina con tales explicaciones, le negó la libertad, pero guardándole alguna consideración por su calidad de fraile, lo sacó de la cárcel pública y con las mismas precauciones que en ella estaba, lo trasladó al convento del Carmen, en cuyo edificio estaban todavía muchos de los presos que había dejado allí Calleja, de los complicados en la conspiración descubierta a fines de Septiembre anterior.

El lego Herrera elevó a los pocos días otra instancia al Comandante de la plaza, pidiéndole que le permitiera continuar en el convento de su orden que había en la ciudad, a cuya petición accedió Cortina, quitándosele entonces los grillos y constituyéndose sus fiadores, el prior del convento de San Juan de Dios, Fr. Joaquín Balderas y los demás conventuales.

Empeñóse el lego Herrera en ser llevado al convento de su orden, porque durante su corta permanencia en el del Carmen pudo llegar a su poder una carta amistosa firmada así: *un lego compañero de Ud. que aunque no lo conoce lo llama su amigo y le ofrece sus servicios*. Esto fue bastante para que Herrera comprendiese que aquel su compañero había simpatizado con él por sus padecimientos, y aunque no fuera más que por el deseo de encontrar una persona amiga en quien depositar los dolores y las penas que le producía su cautiverio, ocurrió al prior de los juaninos suplicándole que apoyara la solitud que hacía, puesto que perteneciendo a la misma orden aunque fuera en diverso convento, creía que hubiera justicia en no sufrir su prisión en convento extraño.

Bien lejos estaba de creer el lego Herrera que al ir al convento de su orden encontraría en el autor de la carta que recibió en el Carmen, un entusiasta y enérgico colaborador. Ese lego, que era Fr. Juan Villerías, tenía ya adelantados, como en otro lugar hemos dicho, trabajos importantes de propaganda, en unión del Lic. Trélles y del capitán de lanceros de San Carlos D. Joaquín Sevilla y Olmedo. Hombre audaz y de grande actividad el lego Herrera, concibió luego el proyecto de apoderarse de la plaza de San Luis, aprovechando la ayuda de Villerías y del capitán Sevilla. Comunicóles su plan que inmediatamente fue aceptado y Sevilla les ofreció armas y municiones, comprometiéndose además a aprovechar el primer momento que se les presentara para apoderarse de algún pie de fuerza armada de la misma guarnición, con el que se presentaría en el convento para que juntos asaltaran los cuarteles y verificaran el movimiento revolucionario.

Esa oportunidad se presentó la noche del 10 de Noviembre de 1810. Sabiendo Sevilla y Olmedo que una patrulla de su cuerpo hacía esa noche servicio, cuyo oficial y sargento le profesaban cariño y amistad, salió a las nueve en su busca por las calles de la ciudad. A las diez la encontró en la calle de la Sacristía, hoy 4a. de Morelos, le ordenó que lo acompañara a ejecutar una orden superior, siguió en busca de otra patrulla también de caballería de diverso cuerpo, que rondaba por rumbo opuesto, dio con ella igualmente por los palomares de la Merced. requirió al oficial Comandante para que se le uniera a cumplir la supuesta orden superior, a cuya pretensión no tuvo éste inconveniente porque se lo pedía, al parecer, el jefe de otra patrulla que hacía igual servicio que la suya, y ya al frente de las dos fuerzas se dirigió al convento de San Juan de Dios,

donde se le unieron los legos Herrera y Villerías y otro de apellido Zapata que aquellos habían ya también invitado para su empresa.

En el trayecto de la Merced a San Juan de Dios, Sevilla había logrado conquistar al oficial y sargento de la patrulla de su cuerpo, poniéndose los tres de acuerdo, para el caso de resistencia del oficial de la otra patrulla, en que en el primer cuartel que asaltarán lo dejarían preso amarrado. Este oficial nada sospechó sino hasta el momento de la salida furtiva de los legos de su convento, por algunas palabras que oyó cambiadas entre éstos y Sevilla, al atravesar la plaza de San Juan de Dios. Allí fue informado de lo que se trataba por el lego Herrera, que en esos momentos asumió el carácter de jefe de la revolución, quien apeló a sus sentimientos religiosos y de nacionalidad americana para que abandonara las filas realistas, opresoras de los mejicanos, y que se acompañara con ellos a combatir por la independencia de Méjico. El expresado oficial, era hijo de español, pero nacido en el país. Sevilla y Villerías hablaron luego con él en términos semejantes. Preguntó a Sevilla si su compromiso en el plan que se trataba de realizar, era el de ponerse al frente de tropa de ejército. Contestóle aquél que sí, y que el pie veterano sería las dos patrullas que estaban allí presentes y las demás tropas que esa noche pudieran agregar a las filas. Entonces el oficial aceptó la invitación, exigiendo que se le destinara en las fuerzas que tomara Sevilla bajo su mando, porque se le hacía muy extraño servir bajo las órdenes de un sacerdote.

Puestos ya todos de acuerdo se dirigieron hacia el convento del Carmen. Este suntuoso edificio comprendía en aquella época todo lo que ahora forma el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, el Teatro de la Paz, la calle que separa a ambos edificios abierta el año de 1881 por orden del autor de esta historia, la parte de terreno con que se ensanchó por la misma orden la calle de Norte a Sur, ocupada entonces por el antiguo jardín del convento y en la que tiene su fachada el Teatro, un gran local que cerraba la calle de la antigua Penitenciaría, hoy 1a. de Guerrero, llamada en aquella época "Puerta del Campo del Carmen", cuyo nombre daba a las dos primeras calles que daban para el Poniente y que ahora son 2a. y 3a. de Guerrero, y por último, todo lo que actualmente es el paseo de la Alameda con la calle primera y segunda de la Reforma, que eran la huerta del convento, cuyas bardas elevadas de mampostería cerraban las indicadas calles, las que

fueron abiertas en 1861 al derribarse dichas bardas para formar el paseo de la actual Alameda. La portería estaba situada con frente al atrio del templo, formando con éste un ángulo recto; ocupaba una parte del terreno tomado para ensanchar la calle que se llamó del Jardín hoy de Villerías, a la que ven el colegio y el nuevo Teatro, y desde la esquina de la misma calle partía el balaustrado que prolongándose hasta dar frente al lado derecho de la Iglesia, daba vuelta por el costado Norte de la misma y terminaba frente a la puerta del costado de ella. Daban entrada al atrio para penetrar al Templo y al convento cinco elegantes puertas detenidas en arcos de la misma cantera de la construcción del edificio, y colocadas tres al frente de la Iglesia, una con vista al callejón del jardín y la otra al frente de la puerta del costado. Todas estas puertas se cerraban al anochecer, y sólo se abría una para la entrada y salida de los religiosos hasta la hora que les era permitido, o para algún asunto de importancia y urgencia que tuviera relación con las obligaciones o servicios del convento. En una rinconada que existía en la parte posterior de la portería había una pequeña pieza en la que asistía el lego encargado de vender la fruta de la huerta, cuya venta la efectuaba por una ventanita que caía a la calle del jardín. A un lado de esa ventanita caía un cordel que pendía de una campana situada en el interior del convento, con la que el público llamaba para hablar con los religiosos, o para algún otro negocio, en horas en que ya estaba cerrada la portería.

Aquel grupo de hombres armados que llevaba a su cabeza a los legos juaninos Herrera y Villerías y al capitán Sevilla y Olmedo, se dirigió directamente a la ventana del jardín del Carmen, y tomando el lego Villerías el cordel de la campana hizo dar a ésta los toques que indicaban "confesión para un agonizante". A los pocos momentos se abrió la ventana, asomándose el lego portero para informarse quien era el enfermo y a qué distancia se encontraba el domicilio. Al frente de la ventana sólo aparecía Villerías vestido de secular, informó al lego que el enfermo era D. Juan Pablo de la Serna, Regidor del Ayuntamiento y persona muy conocida por su posición social. Díjole entonces el lego carmelita que iba a llamar al religioso que debía ir a ver al enfermo. Hízolo así, y al abrir la portería para que esperara Villerías, se echaron sobre él los conspiradores asegurándole convenientemente, sorprendieron y desarmaron a los soldados que cuidaban de los

presos políticos dejados allí por Calleja, y con las armas de la guardia armaron a los mismos presos, poniéndolos en libertad con la condición de que se unieran a ellos. Dejaron encerrados en una celda a todos los frailes carmelitas, y sin perder más tiempo se dirigieron a la cárcel, cuya guardia también sorprendieron.

Con las armas que Sevilla ofreció y que tenía en su casa, y las que quitaron a las guardias del Carmen y de la cárcel, armaron gran número de presos y se fueron para el cuartel de artillería con intento también de sorprenderlo. Esto lo habrían conseguido sin dificultad si la guardia de la casa del Comandante de la plaza D. Toribio Cortina, que vivía frente al cuartel, no se hubiera alarmado al ver tanta gente armada. Esa guardia hizo fuego sobre los conjurados matando a algunos de ellos, lo que visto por el capitán Sevilla, avanzó a la cabeza de un pelotón, de la mejor gente que llevaba, se echó sobre la guardia del cuartel, la desarmó, y ya hecho dueño de él, sacó violentamente diez piezas de artillería que mandó colocar en las entradas de la plaza, dirigiendo la puntería de una para la casa de Cortina. Siguieron apoderándose de los demás cuarteles sin resistencia alguna, quedando sólo defendiéndose en su casa el comandante Cortina, con la poca tropa que en ella tenía. El capitán Sevilla dispuso atacar ese último punto que oponía resistencia, a la seis de la mañana del día 11; al efecto colocó una compañía de infantería sobre la azotea de las casas reales, que dominaban a la de Cortina y dio orden de hacer fuego sobre ésta dirigiendo la puntería a los balcones y ventanas. Después de una hora de combate cesaron los fuegos de la casa de Cortina. El zaguán fue derribado y penetraron los asaltantes cogiendo prisionero a Cortina, que estaba herido en la cabeza, y a toda la tropa que mandaba. Perecieron en la refriega diez y siete hombres de la gente de los conjurados y seis de los soldados realistas. Los primeros tenían además diez heridos y cuatro los segundos, incluso su jefe el comandante Cortina, cuya casa en los momentos del triunfo sufrió el saqueo que era de rigor en aquellos tiempos y que tanto cometían los insurgentes como los realistas al ocupar militarmente alguna población o al verificar en ella algún motín o alzamiento. El Sr. Cortina falleció la tarde del mismo día. A las seis, atravesado el cadáver en un burro, lo mandó Herrera a Allende, a Guanajuato, como trofeo de guerra.

La revolución quedó terminada a las siete de la mañana, no habiendo más suceso notable durante algunos días que la muer-

te del español D. Gerónimo Verdier, de cuya casa le hicieron fuego la noche del día 12 a una patrulla que rondaba la ciudad en las primeras horas de la noche. El comandante de esa patrulla al ver la casa de donde salían los tiros, penetró en ella y con su mismo sable hirió gravemente a Verdier, que sucumbió al tercer día.

La tradición y las apreciaciones de acreditados historiadores colocan a los legos juaninos Herrera y Villerías en la categoría de principales jefes de la insurrección en la provincia de San Luis. La narración que antecede, de la manera que esa insurrección se realizó, hará ver a nuestros lectores que el brazo poderoso que la llevó a cabo fue el capitán de lanceros de San Carlos D. Joaquín Sevilla y Olmedo. Entendemos que nuestros lectores formarán un juicio idéntico al nuestro, y que, como nosotros, darán a cada uno lo que es suyo, salvo que nuestra humilde opinión esté enteramente extraviada. Hay que advertir que una parte de los sucesos de San Luis, relativos al año de 1810, la hemos tomado de los diversos historiadores de Méjico que han llegado a nuestro poder, rectificando las exageraciones y errores de que adolecen por lo que respecta a nuestra localidad y hemos procurado completar en lo posible nuestros apuntes con los datos que hemos podido adquirir en los archivos públicos y con los informes que hace tiempo nos ministraron respetables amigos que, por su edad muy próxima a la época de aquellos acontecimientos y por su formalidad y buen juicio, son dignos de todo crédito, y ciertamente llama la atención que en ninguna de las historias mencionadas se haga al capitán Sevilla la justicia que merece.

No cabe duda que los servicios de los legos Herrera y Villerías fueron de grande importancia, y que la audacia del primero y la abnegación de Sevilla colocaron a Herrera al frente de la revolución de San Luis. En estas condiciones dio luego Herrera órdenes para organizar las tropas y la administración civil de la provincia. Nombró Intendente a D. Miguel Flores, de los principales vecinos de la ciudad, Alcaldes de primera y segunda y Regidores del Ayuntamiento. En el ramo militar hizo también nombramientos de jefes y oficiales ascendiendo a los que se habían unido de las tropas del Rey. Decretó la prisión de todos los españoles residentes en la ciudad, entrando a la cárcel, en virtud de esa orden, más de ciento cincuenta individuos.